

G440
V5
V2

LA VUELTA AL MUNDO.

VIJES INTERESANTES Y NOVEDOSAS

DE LA TIERRA

DE LA TIERRA

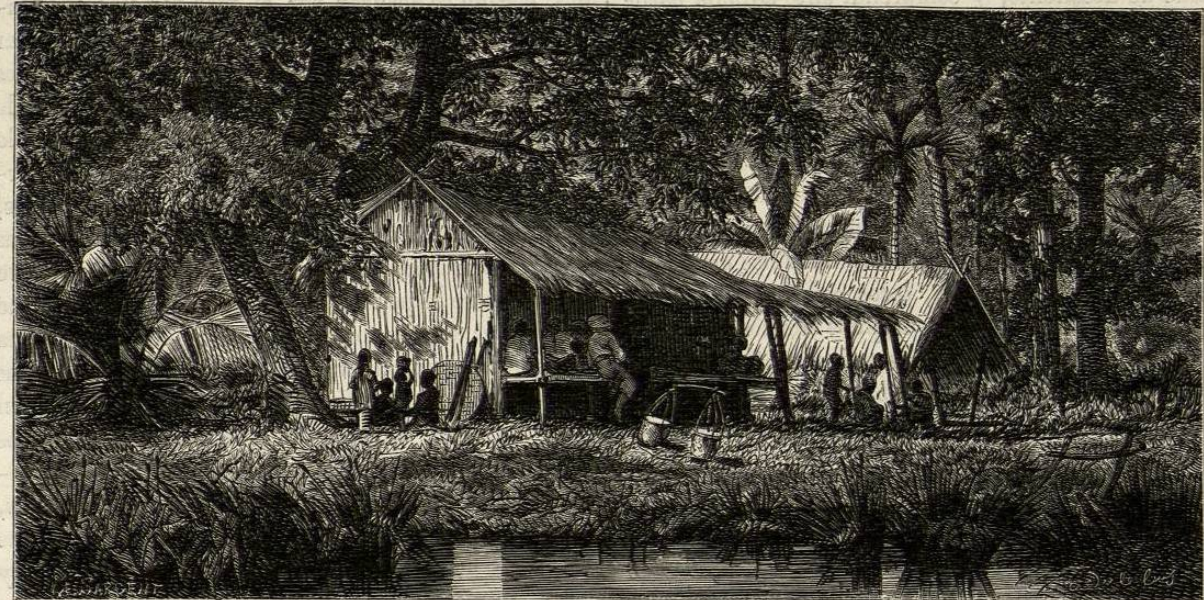
DE LA TIERRA

II



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA VUELTA AL MUNDO.



Habitacion malaia (alrededores de Batavia.)

VIAJE A JAVA.

POR M. DE MOLINS (1).

1858—1861.

I.

Á LA VISTA DE JAVA.

El estrecho de la Sonda.—Las embarcaciones indígenas.—Angers.—Bantam.—Hourust.—Llegada á la rada de Batavia.

Me embarqué en Nantes el 5 de enero de 1858 en *El Nicolás*, y despues de tres meses de una nave-

(1) En 1857, ciertas circunstancias, sin interés para el lector, me movieron á emprender un viaje á Java y me detuvieron allí próximamente dos años. Solo llevé á aquel país, tan poco conocido todavía, á pesar de los excelentes escritos de diversos viajeros etnógrafos, naturalistas y filósofos, la curiosidad de un artista extraño á los asuntos de la ciencia, pero dotado tal vez de alguna memoria para los objetos, formas y colores. El vivo interés que me inspiró aquella extraña y espléndida comarca, la sorpresa que me causó el aspecto de sus paisajes y las costumbres de sus habitantes, me inclinaron á fijar en mi libro de memorias día por día, bien por medio de nota ó de un croquis, las impresiones sucesivas de mi viaje.

Presento hoy al público algunas hojas de mi álbum y algunas de mi diario con la esperanza de que unas y otras conservan, y así se reconocerá, el carácter de la verdad que estoy seguro de haber tenido siempre por guía lo mismo al escribir que al dibujar.

gacion feliz, distinguí en el horizonte el día 6 de abril por la mañana una línea indecisa y vaporosa que nuestros oficiales reconocieron ser la punta de Java (*Java's head*).

El viento era fresco y nos empujaba rápidamente hácia la costa. A las nueve estábamos de ella á distancia de una bala de cañon, de modo que distinguíamos perfectamente todos los detalles.

Entre los maravillosos cuadros que se desplegaron aquel día á mi vista, elegí uno, el de la desembocadura de un rio encajado entre paredes de rocas como cortadas á pico, de un color amarillo vivo y gris difícil de describir ó imposible de pintar. El agua sale de allí á borbotones y se quiebra, formando manojos plateados, contra las juntas de negras piedras. La vegetacion tropical en toda su belleza, corona las paredes naturales que apenas pueden contener al impetuoso torrente. Las llanuras tienen un azul límpido, opalino, trasparente, que á pesar de que es mas pronunciado en los fondos de los paisajes, permite distinguir el tono local, que es á la vez vago y marcado, sólido y delicado. Los verdes metálicos que debian contrastar con las tintas azules y amarillas, están

011018

suavizados por la perfecta armonía que domina en aquellos diferentes colores y los une con lazos misteriosos. Aquel paisaje, que fue el primero que hirió mi vista, me causó una sensación de entusiasmo mezclado de desaliento, y comprendí ante aquella naturaleza tan nueva y tan extraña, que mi pluma y mi paleta serían siempre torpes.

Después de una tempestad que nos obligó á volver á alta mar, y de una calma-chicha que contribuyó á alargar el viaje, entramos por fin el 9 de abril en el estrecho de la Sonda. Pasan por los costados del buque mil objetos que nos anuncian la proximidad de la tierra: en primer lugar, innumerables moluscos, unos que parecen estopa, otros con los colores del Iris como bolas de jabón; después troncos de plátanos, cortezas de pamplemusas y lindos pájaros grises que navegan en trozos de bambú. Principiamos á distinguir claramente la isla del Príncipe, la costa de Sumatra, la isla volcánica de Krokatoa, cuya cima tiene la forma de un pilón de azúcar y está cubierta de una nube en forma de penacho representando hasta el punto de equivocarse un cráter de donde sale una columna de humo. Aquellas tierras que salen del mar y están cubiertas de verdor, tienen un aspecto precioso. Donde quiera que podía crecer un tallo de yerba, una flor ó un árbol, han crecido el árbol, la flor y el tallo de yerba. No se encuentra una roca desnuda ni un punto árido que entristezca la vista, ni aun siquiera arena; los cocoteros, los bambúes y los plátanos, se inclinan sobre las aguas que riegan sus raíces.

El día siguiente, 10 de abril, aquel panorama alumbrado por los primeros rayos del sol, me parece todavía más espléndido. No hay nada que pueda describir la magnificencia de aquella maravillosa masa de agua que se llama el estrecho de la Sonda. El cielo, las tierras, el mar, inundados de una luz desconocida en nuestros climas, toman tonos intraducibles; aquello es etéreo y como si perteneciese á un mundo superior al nuestro y con el cual las palabras de nuestra lengua no tienen ningún punto de contacto.

Salen de la costa de Java algunas embarcaciones malayas y se dirigen hacia los buques próximos al nuestro. Todos los anteojos se dirigen con curiosidad sobre esas manchas que parecen nadadores desde lejos. A los pocos momentos distinguimos mejor: las canoas nos parecen doradas, los hombres de color de ladrillo; pero el peinado de estos permanece aun incomprendible para nosotros, porque es una reunión confusa de cabellos y de telas muy difícil de explicar.

Después se acerca á nosotros una piragua con un solo hombre: el remero, sentado detrás, la hace avanzar por medio de un doble remo que se mueve por

cima de su cabeza y cuyos extremos se sumergen alternativamente en el agua.

Entre tanto otros barcos han seguido el ejemplo del primero, y en un momento vamos á ser invadidos, porque se deslizan por el mar con una admirable rapidez, y á lo que parece, tratan de llegar cuanto antes. Ya podemos ver las facciones de los indígenas, sus admirables formas, sus vestidos de brillantes colores que contrastan y armonizan á la vez, y á los cuales el azul del mar da brillo de berrillon; distinguimos los detalles de sus navéculas, unas hábilmente formadas de troncos de árbol, otras hechas de muchas piezas de madera ingeniosamente unidas entre sí por medio de costuras cuyo hilo me es desconocido; su forma graciosa y delicada, indica sobre todo la inteligencia y el gusto de los que las han construido. *El Nicolás* navega en medio de un jardín flotante: todos aquellos barcos están cargados de legumbres, frutas y flores nacidas bajo el formidable sol de los trópicos. Allí hay plátanos, ananas, pamplemusas, cocos, naranjas y limones en cestas caladas y hechas de una sola hoja de palma; pollos y patos, grandes cestos de huevos de color de rosa y casi redondos, jaulas llenas de pájaros, monos grises y negros, papagayos morados, encarnados y verdes, kakatoes y abubillas blancas con cresta amarilla.

En breve saltaron al abordaje por todas partes figuras extrañas, oscuras, con reflejos dorados como el bronce, medio cubiertas con trajes brillantes que deslumbran y halagan la vista. Por todas partes se comercia, se vende, se compra, se cambia, se dan voces, como si de este modo fuera más fácil entender, se emplean los dedos para contar y se enseña el dinero ó el objeto que debe reemplazarle. El capitán compra trescientos mandarines por 10 francos; un indígena da al teniente ocho cocos por una camisa vieja, mientras que otro toma lo que yo le doy y no me devuelve nada en cambio. El aspecto salvaje de aquellos hombres, sus movimientos de gato, la timidez de su marcha, el brillo que sale de sus ojos negros como el carbón, la movilidad de su fisonomía y su lenguaje ininteligible para nosotros, me causan sorpresa mezclada de algo de espanto. Me siento como abandonado en aquel oriente misterioso colocado al extremo de la civilización. Aquí no hay nada de Europa: aquí no hay protección por la fuerza pacífica de las leyes ni por el poder de los usos sociales. Aquí deben reinar como soberanos los instintos naturales, las astucias felinas, las venganzas, los odios, las envidias. Si doy un paso más en estos países podré recoger á mis pies un cuchillo todavía sangriento ó aspirar los tibios vapores de una comida de carne humana.

A las dos pasamos delante de Angers, y vimos el

faro, la aduana, las habitaciones malayas colocadas con la simetría de un campo, los bosques de cocoteros y los navíos que se aprovechan de su fondeadero, que es uno de los más seguros de la costa. En la playa hay un hombre tirando de una red, y en una rada inmediata vemos una multitud de canoas que hacen presumir que allí hay un pueblo de pescadores. Algo más lejos, debajo de asombrosos árboles, se ocultan de los ardientes rayos del sol unas casas de bambú cubiertas de paja. Las embarcaciones se han marchado como habían venido una después de otra. Un ligero viento que toca nuestras velas superiores dejando al mar terso como un cristal nos hace adelantar tranquilamente. Costeamos una isla en que se presentan sucesivamente deliciosos paisajes; primero una estrecha garganta, en cuyo fondo los árboles caídos de vejez y amontonados en el más increíble desorden forman un caos de ramas, de raíces y de troncos desgarrados, privados en parte de su corteza y dejando ver su madera roja, amarilla, oscura ó negra: por encima de aquella gigantesca fila de leña hay una vegetación nueva, vigorosa, fresca y espesa, imposible de imaginar. Allí se hallan todas las tintas del color verde, árboles casi negros, otros más que grises, tonos metálicos y de una suavidad de retoño joven; en una palabra, el otoño unido á la primavera. Luego avanza graciosamente hacia el mar un promontorio cubierto de vegetación donde las ramas de los árboles, inclinadas hacia el agua, forman bóvedas naturales de verdura; y en la orilla, grandes rocas cubiertas de musgo, plantas trepadoras é innumerables raíces se agrupan formando pintorescas grutas que se reflejan en las sombrías aguas... ¡Oh! desembarcar aquí, construir una casa, vivir de la caza y de la pesca, de los frutos que yo cultivaría, vivir la vida primitiva y natural, á la vista de la naturaleza y de sus espléndidos espectáculos y convirtiéndome en Robinson voluntario... ¡Loca imaginación! El capitán acaba de decirme que los reptiles, los insectos y las enfermedades me matarían antes de un mes.

El día siguiente, 11 de abril, estamos en el mar de Java, en frente de la bahía de Bantam, á orilla de la cual se elevaba en otro tiempo una rica y poderosa ciudad, reducida hoy á algunas miserables cabañas. A las nueve y media de la mañana pasamos entre el gran Kombongs y Pulo-Jidong, cuyas tierras formadas, según me han dicho, de madréporas y de coral blanco, están sin embargo cubiertas de rica vegetación. Después descubrimos la punta de Hutong-Java y la rada de Batavia; estamos materialmente en un jardín inglés cuyas calles son ríos. Me enseñan entre otras cosas curiosas un árbol que se parece completamente á un mástil de navío con sus bergas. Es una variedad del algodónero que los indígenas lla-

man *kapook*, y cuya grana se emplea en las Indias para colchones y almohadas.

A las dos y media distinguimos los buques de la rada de Honrust. Las costas bajan cada vez más: los que conocen á Batavia distinguen su posición; yo no veo más que un inmenso bosque sin ninguna indicación de ciudad. Por fin, á las seis en punto entramos en la rada, y se oye el grito de *fondeadero*; las áncoras caen al mar; las cadenas corren por el puente, se plegan las velas, y el buque describe una graciosa curva y vá á colocarse al lado de *el Alfonso César*, que es un compatriota, y gracias á Dios ya hemos llegado á Batavia, después de noventa y seis días de mar y más de 6,500 leguas de camino.

II.

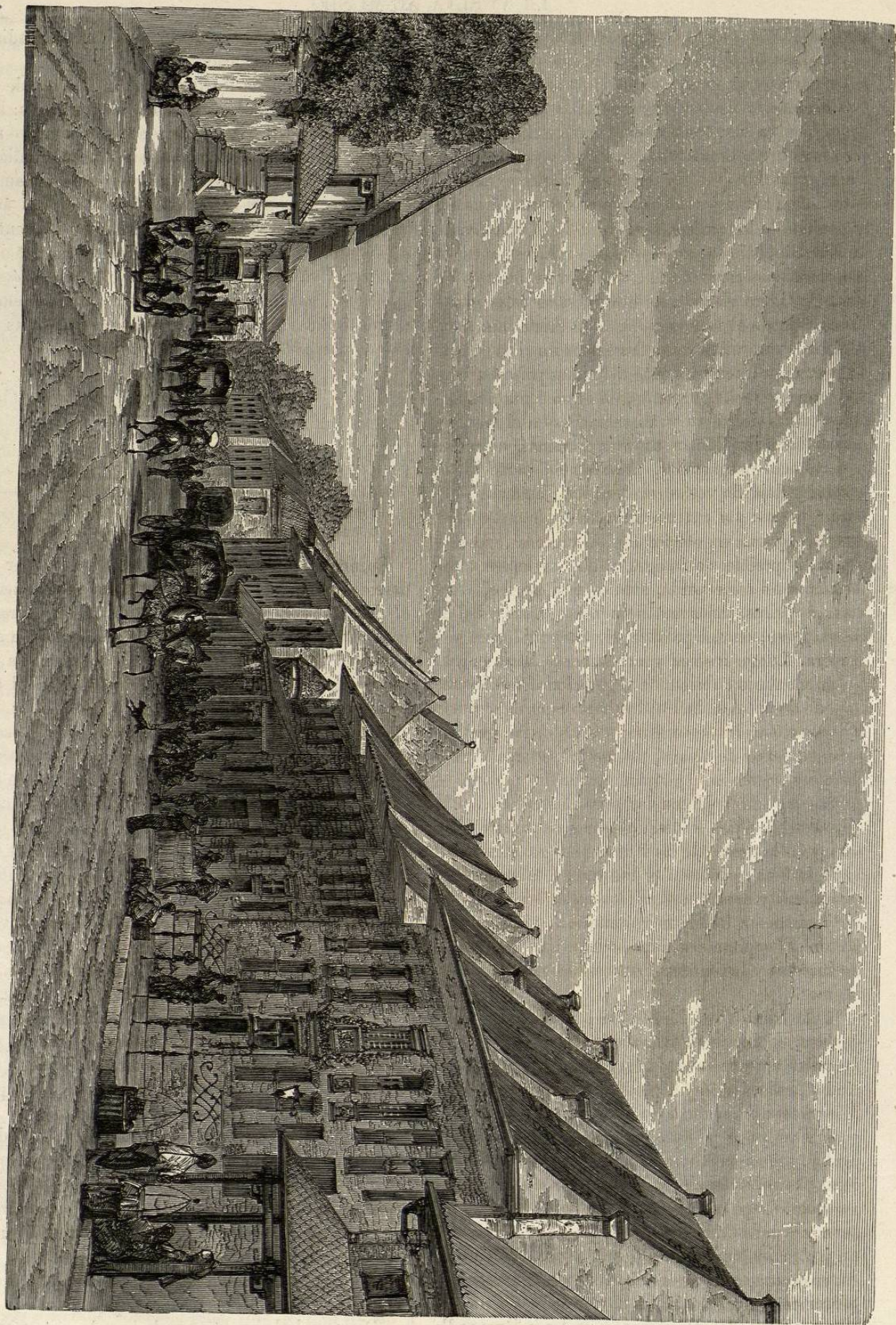
BATAVIA.

En la rada de Batavia.—Desembarco.—El gran canal.—La aduana.—Los coches de alquiler y los trabajadores.—La antigua ciudad de Batavia.—Aspecto de la ciudad nueva.—Fonda de las Indias.—Primera noche en tierra.

Oscurecía rápidamente, y fue preciso dejar el desembarco para el siguiente día. Desde el amanecer *el Nicolás* estaba rodeado de multitud de barcos; cada patron malayo se esforzaba en probarnos con sus gritos la superioridad de su barco y la modestia de sus pretensiones; otros nos ofrecían como en el estrecho de la Sonda frutos, papagayos y monos; algunos más ágiles que aquellos cuadrumanos, escalaban los costados de nuestro buque y nos ofrecían sus servicios, tratando de hacerse entender con espresivos gestos. Conforme avanzaba la hora iba creciendo el ruido con el número de embarcaciones que salían de la costa. A las siete había seguramente alrededor de nosotros más barcos que los que se hubieran necesitado para descargar diez buques como *el Nicolás*, y poco faltó para desembarcarnos á viva fuerza. El aspecto de aquella multitud, cuyos trajes brillaban á la luz del límpido y ardiente sol de las mañanas ecuatoriales, me hubiera producido gran placer si no hubieran llegado á bordo tres franceses que vivían en Batavia. Eran tres espectros cuya palidez cadavérica revelaba claramente la funesta influencia del clima de Java en los europeos. Su presencia, lo confieso, aminó mi entusiasmo.

Habiendo esperado que se calmase un poco el desorden inseparable de un desembarco, pude colocarme en una de las embarcaciones de nuestros sitiadores, y llevado por cinco vigorosos remeros fijé mi mirada en el valiente buque que desde las orillas de Francia me había llevado sano y salvo al otro extremo del mundo, y que en aquel momento iba á perderse entre la multitud de los demás buques.

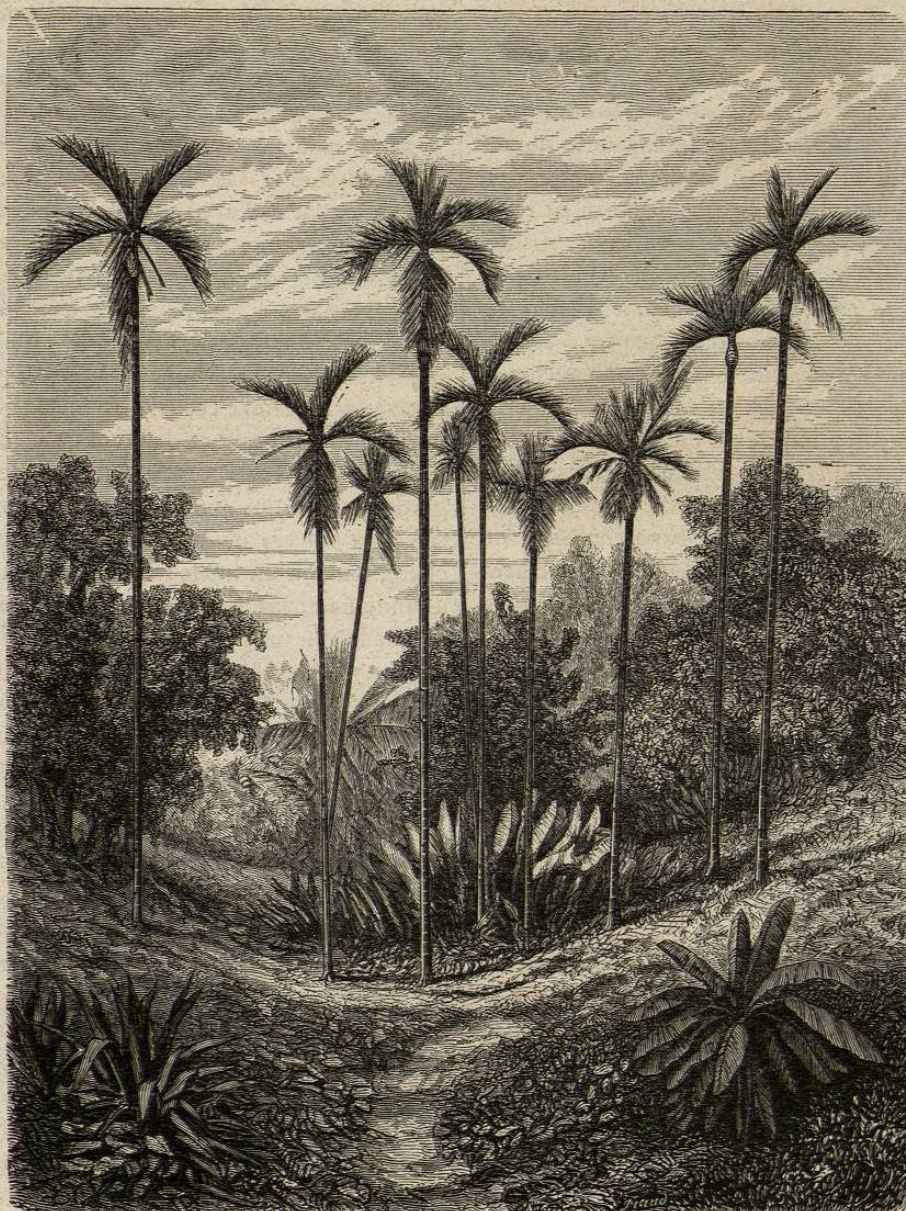
Después de haber atravesado la rada, entramos en



Batavia, (ciudad antigua.)

un estenso canal. Los numerosos buques dedicados al cabotaje, la infinidad de mercancías, la multitud de chinos, árabes, indios, que salían de todas partes y recorrían como un hormiguero aquellos diques, presentaban un espectáculo á propósito para distraerme

de mis tristes meditaciones. Nada mas admirable en efecto que la actividad de aquellas poblaciones endurecidas y avezadas á los ardores de un sol que á nosotros nos debilita y nos mata. Delante de aquella multitud que es una aglomeración de individuos sin



Las palmeras.

ningun lazo moral, no puede menos de pensarse en lo que serían en aquel país los habitantes europeos, fuertes solo por su inteligencia, si un día animado de un pensamiento comun de independencia se sublevase contra sus amos.

La variedad de embarcaciones que andaban alre-

dedor de nosotros me desvió de estos pensamientos: ya eran *juncos* chinos adornados de flecos de seda de color de rosa ó gris perla, decorados por la proa con dos grandes ojos redondos y bizcos, pintados con bandas rojas y negras que brillaban con vigor sobre sus cascos de color indefinible; ya eran embarcaciones ára-